FRANCISCO, PAPA DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v60i211.211>

MARIO MORONTA*

Después de más de un año de su elección como obispo de Roma y pastor de la Iglesia universal, nos encontramos con las más diversas reacciones por parte de la Iglesia y la humanidad entera. No faltan quienes todavía siguen manteniendo interrogantes, como tampoco faltan los que siguen pensando en un «papa de transición». Pero, la inmensa mayoría de los fieles de la Iglesia y de los hombres y mujeres de la humanidad, además de albergar grandes esperanzas e invadidos aún por la emoción de su presencia, ven en él a alguien más que un líder. El papa Francisco se ha convertido en el punto de referencia para tantísimos, dentro y fuera de la Iglesia. Dentro, por su mensaje y su forma de dar testimonio. Fuera de la Iglesia, por su apertura y cercanía, al asumir el reto de ir a la periferia.

Estas páginas no pretenden ser ni un estudio exhaustivo ni un análisis histórico-doctrinal de lo que estos meses ha venido proponiéndonos. Más bien, siguiendo la propuesta del Concilio de «*leer los signos de los tiempos*», quieren ver su figura, su testimonio de vida, su enseñanza y su pastoreo con ojos de fe, y tratando de entender lo que, bajo la guía del Espíritu Santo, el Santo Padre nos quiere señalar: el camino del futuro de la Iglesia. Por eso, podemos ver en él al Papa de la Nueva Evangelización.

Pido al lector que lea las líneas y páginas que se presentan no con simple curiosidad, sino desde la fe y desde el amor a la Iglesia. Es lo que, Francisco, en total sintonía con los Pontífices anteriores, nos sugiere con su ministerio petrino. No se ha dado, al contrario de lo que más de uno ha pensado, una ruptura de ningún tipo. Cambio de estilo, sí. Sin dejar de ver lo que hicieron los Papas desde los inicios del siglo XX, podríamos decir que ha habido una continuidad in crescendo, aunque con estilos diversos. Juan XXIII, con su convocatoria al Concilio y al *aggiornamento* de la Iglesia, hizo que los ojos del mundo comenzaran a fijarse más en el papel de la Iglesia. Pablo VI, con el diálogo y su empuje a la evangelización, convocó a todos, en medio de turbulencias, a la renovación de la Iglesia. Juan Pablo I cautivó al mundo en un mes y días con su sonrisa de pastor y amigo. Juan Pablo II se lanzó al mundo para abrirle las puertas a Cristo: ése fue su compromiso; por eso, al ver los grandes problemas que aquejaban a la humanidad, propuso

* Mario Moronta es obispo de la Diócesis de San Cristóbal de las Casas (Venezuela).

la Nueva Evangelización. Benedicto XVI, con su sencillez y decisión, comenzó a enseñar las sendas de la Nueva Evangelización. Y ahora Francisco llega como heredero de sus antecesores a dar continuidad a lo que ha recibido y a impulsar esa responsabilidad de hacer posible la Nueva Evangelización.

1. LAS EXPECTATIVAS

La elección del nuevo Papa, tras la renuncia de Benedicto XVI, se colocaba en un ámbito histórico novedoso, al menos para estos tiempos modernos. Había que elegir a un nuevo sucesor de Pedro sin que su antecesor hubiese muerto. Si bien, con su proverbial prudencia, Benedicto XVI había señalado que no influiría en la elección del nuevo pontífice (y por eso se retiró a Castelgandolfo), no dejaba de ser novedoso el hecho de elegir a un sucesor de alguien que aún estaba vivo. Sin embargo, como bien sabemos, es el Espíritu quien mueve las mentes de los electores. Pero no dejaba de ser un hecho que podía haber tenido influencia.

Los comentarios de los periodistas y de los así llamados «vaticanistas» apuntaban a un Pontífice de transición. No faltaba quien se aventurara, como es costumbre, a sugerir nombres y hasta dar explicaciones sobre sus propios candidatos. Los Cardenales, reunidos en las asambleas generales preparatorias, fueron exponiendo sus ideas, sus expectativas. Se hizo la revisión de vida de la Iglesia y del mundo. Por fuera, los comentaristas apuntaban todo tipo de señalamientos como si se tratara de la elección de un gobernante cualquiera.

Mientras los grandes rotativos y las cadenas de TV y de Radio buscaban dibujar la figura del nuevo Papa, sucedía algo muy importante. Por supuesto que no era del interés de quienes transmitían las noticias y los comentarios. El pueblo de Dios intensificaba la oración para que fuera la sabiduría del Espíritu Santo la que guiara a los electores. Este es un hecho que no hay que dejar a un lado. No olvidemos que se trata de un evento eminentemente eclesial que no debería ser visto sólo desde una óptica profana y, mucho menos, mundana. En la inmensa mayoría de las comunidades se oraba por Benedicto XVI y se apreciaba su gran valentía y arrojo al reconocer las dificultades que tenía y que le llevaron a la renuncia. Crecía el cariño y la admiración hacia el Papa emérito (cosa que sigue dándose aún en nuestras comunidades). Y, a la vez, se oraba por la elección del nuevo Pontífice. Curiosamente, el lenguaje del pueblo fiel, el que peregrina y quizás no tiene otros elementos como el de los grandes reporteros y comentaristas, apuntaba a dibujar el perfil del nuevo Papa: que tuviera un poco de todos los anteriores, pero sobre todo que continuara la apertura y la renovación de la Iglesia, que resolviera los graves problemas que había dentro de la Iglesia y que nos siguiera convocando a todos a la Misión.

El pueblo fiel, el de a pie, que vive y va conociendo más el evangelio, ha ido tomando conciencia de que la Iglesia es «misionera». En América Latina, por ejemplo, ha sido asumido el compromiso de ser discípulos-misioneros, propues-

to por el Documento de Aparecida. Y desde esa perspectiva, se soñaba con el Papa que continuara animando la participación en la misión de la Iglesia. Es el gran reto en medio de la creciente secularización que se vive en el mundo y, sobre todo, en Europa.

No faltarían quienes desearían un Pontífice que tuviera mano férrea para castigar y enfrentar tantos escándalos dentro de la Iglesia. Como tampoco dejaban de presentarse quienes deseaban un Papa que volviera atrás y frenara la «abusiva renovación de la Iglesia». De todo un poco podemos encontrar en la viña del Señor. En algunos círculos, se hablaba de la conveniencia, o no, de un Papa que no fuera italiano. ¿Sería conveniente otro Papa «extranjero»? Lamentablemente quienes así pensaban o discurrían se habían olvidado quizás de que la Iglesia es universal. La gente sencilla, la de nuestras comunidades, los pastores que están muy vinculados a su pueblo y los que siempre ven a la Iglesia con afecto, aun no perteneciendo a ella, no se hacían esos interrogantes. Sencillamente por dos cosas: porque entienden que la Iglesia no es una estructura de poder humano, y porque ven al Papa, cualquiera que sea su nacionalidad de origen, como el pastor «verdaderamente universal» de todos.

Mientras los Cardenales se reunían y estudiaban la situación de la Iglesia y del mundo, y en ese ambiente iban escuchándose y dibujando el perfil del nuevo Papa, mientras los medios de comunicación social hacían partícipe al mundo de sus opiniones y hasta «apuestas» por determinado tipo de Pontífice, el pueblo de Dios hacía lo que tenía que hacer: orar y tener esperanza. El Espíritu no fallaría. Es necesario tener esto en cuenta, porque en muchas ocasiones, por no decir casi siempre, los medios de comunicación social suelen poner el acento de sus opiniones e informaciones en aspectos llamativos, o en cosas que responden a sus propios intereses; y una de las cosas que hubieran preferido era tener un Pontífice creado a su imagen y semejanza. Pero no resultó así.

Para los sabios y entendidos en la materia, las expectativas iban más en la línea de lo institucional, de las relaciones con instituciones y naciones, de los temas que quisieran fueran abordados por la misma Iglesia como ellos quisieran que se tratara (divorciados vueltos a casar, uniones de parejas homosexuales, anticoncepción, el aborto y la eutanasia, justicia social que favorezca a unos pocos, etc.). Para la gente de auténtica fe, aun con sus inquietudes e interrogantes, las expectativas iban por otro camino: por eso se oraba por un Papa que siguiera siendo universal, que fuera pastor y que orientara a la Iglesia por las sendas del futuro y de la nueva evangelización.

Por eso, no se descartaba que fuera extranjero, y, por qué no, un latinoamericano o un africano o un asiático? Era un desiderátum, pero tampoco se le veía como una camisa de fuerza. Repetimos, lo que sentíamos en nuestras comunidades y en no pocos creyentes era el deseo de que ciertamente fuera un pastor y con carácter universal: que pudiera sintonizar con el mundo como bien lo habían hecho los Papas anteriores, cada uno con su estilo propio y personal.

2. LA ELECCIÓN

Era el 13 de marzo del año 2013. La «fumata bianca» hizo que muchos se movieran: miles de la ciudad de Roma, hacia la Plaza de San Pedro. Millones hacia los televisores, radios y otros medios. En todos había la misma expectativa e interrogante: «Quién será el nuevo Papa». Muy al contrario de lo que habían vaticinado algunos periodistas, la elección fue hecha en «tiempo récord». Cuando el Cardenal Jean-Luis Tauran hizo la proclamación «Habemus papam» y dio el nombre del nuevo Papa, Jorge Mario Bergoglio, Arzobispo de Buenos Aires, y comunicó el nombre que había elegido para su pontificado, el nombre de FRANCISCO, la sensación de alegría no se hizo esperar. En la plaza y en el mundo. En Latinoamérica se sintió como el Papa de todos los hombres y mujeres de este Continente.

¿Sorpresa? Si se hubieran hecho apuestas al estilo de otras elecciones mundanas o profanas, muchos hubieran perdido grandes sumas de dinero. Pero, nos encontramos en este sentido con dos respuestas a esta pregunta. Para muchos, que se consideran «especialistas», la sorpresa bien puede calificarse de «batacazo», como se suele decir en el lenguaje popular latinoamericano. De nada parecen haber servido los diversos análisis previos a la elección y durante los minutos posteriores a la «fumata». Pocos «vaticanistas» podrían decir que sí habían señalado a Bergoglio entre los posibles papables. De nuevo sucedió que muchos papables salieron del Cónclave como cardenales.

La otra sorpresa fue la de la inmensa mayoría de los católicos. Y estaba en consonancia con lo que decíamos en el apartado anterior: es el Espíritu Santo el que no se equivoca y ha elegido un «pastor universal». Ya ni siquiera era europeo, sino latinoamericano. Esta lectura hay que tenerla muy en cuenta para los análisis o propuestas posteriores. Muchas veces los analistas, e incluso los mismos teólogos, se olvidan de las vivencias del pueblo de Dios, con todos sus miembros, y que nos señalan en más de una ocasión por dónde van los caminos de Dios. Desde su elección, su presentación al mundo y hasta cuando apareció en la «Loggia» de la Basílica de San Pedro, lo que uno pudo sentir en el común de la gente de nuestras comunidades fue eso: la lectura de fe de la gente que sabe sintonizar con la sabiduría del Espíritu. No sólo supo ver que se trataba de un «pastor universal», venido de tierras lejanas —con alto número de católicos— sino que era el Pontífice que el mismo Espíritu estaba entregándole a la Iglesia y al mundo. Esto va a ser confirmado por lo que se vivió durante su primera aparición y lo que fue haciendo durante los primeros días siguientes.

El nombre que asumió el nuevo Pontífice sería señal de su ministerio petrino. Era lógico que se pensara en Francisco Javier, el gran evangelizador de la India, por haber sido jesuita. Pero, como se dio a entender posteriormente por explicaciones del mismo Papa, eligió su nombre pensando en el «poverello» de Asís. Esto ha dado pie a compararlo, no sólo en sus gestos de austeridad, sino con

aquella especial tarea que recibiera el de Asís: «reconstruye mi Iglesia». Mucha gente se preguntó –y se sigue preguntando– si no sería esa la razón de su nuevo nombre. En todo caso, el dato interesante es que ha sido bien aceptado.

Inmediatamente después del anuncio de su elección, como es costumbre, el Papa se asoma a la «Loggia» para dar su primera bendición *Urbi et Orbi*. Allí sorprende al salir sólo vestido con su sotana blanca, sin mayores adornos que los de su sencillez y conciencia de su misión. De ahí que se presentara solo como el obispo de Roma. Su primera alocución fue, eminentemente, dirigida a sus nuevos diocesanos. Al servirles a ellos, abre su ministerio a toda la Iglesia universal. Es la conciencia del pastor que está comprometido con su Iglesia. Junto a este hecho hubo tres cosas que conmovieron a los presentes y al mundo: en primer lugar, con gestos tímidos de sus manos, lo primero que hizo fue decirles a los allí reunidos: «buenas noches». Considero que nadie se esperaba eso. Así ha sido prácticamente en casi todos sus encuentros a partir de ese momento: saluda deseando buenos días, tardes o noches. Una característica del ser latinoamericano que tiene como finalidad no sólo demostrar la finura y la urbanidad de quien lo hace, sino la capacidad de entrar en contacto y abrirse a la comunión del interlocutor. En este caso, su interlocutor era la Iglesia y el mundo. El aplauso fue generalizado. Muy comentado el gesto. A algunos les parecía algo novedoso. Sin embargo, como ya indicamos, es una característica del alma latinoamericana que habla de su deseo de entrar inmediatamente en sintonía y en comunión. Y Francisco así lo hizo.

Una segunda acción que marcó a todos fue su invitación a orar por el obispo emérito, Benedicto XVI, esta petición mostró su cercanía y aprecio a su antecesor y su deseo que siguieran orando por él.

Después de dirigir su primer mensaje a la ciudad, de la que acababa de ser nombrado obispo, y al mundo, donde debía ejercer su ministerio petrino, hizo un gesto que terminó de abrirles las puertas del corazón a sus interlocutores. Antes de bendecir al pueblo pidió a todos que guardaran un momento de silencio. Curiosamente, la multitud así lo hizo, quizás sin entender el por qué. Hasta cuando él les dijo que era porque les pedía a todos que oraran por él, que rogaran al Señor su bendición para él: «la oración del pueblo que pide la bendición para su obispo». Ambos, el Papa y la multitud, se unieron en un silencio orante, que culminó con la oración dirigida por el mismo Papa Francisco. Podría decirse que fue un gesto espontáneo. Pero estaba mostrando una calidad humana muy grande: también el Papa necesitaba de la oración de su pueblo.

Los días que siguieron a su elección mostraron el rostro de un Papa cercano y muy humano: viajar a la residencia de Santa Marta en el mismo autobús con sus hermanos cardenales; decidir quedarse a vivir en Santa Marta; ir a pagar la cuenta en la Casa Internacional del Clero, en Via della Scrofa; ir a la Basílica de Santa María la Mayor para venerar a la Madre de Dios; ir dando pasos sin mucho protocolo. Así mismo, otros muchos gestos fueron ganándose el afecto de

tantos, incluso no creyentes: hablar a la gente con palabras sencillas; celebrar el jueves santo en un centro penitenciario para jóvenes y lavar los pies incluso a una muchacha de fe musulmana. Todo ello indicaba que las expectativas de la gente se estaban cumpliendo: un Papa cercano, un Papa sencillo, un Papa universal.

Se trataba de gestos y actitudes desconcertantes para no pocos, pero bien recibido por el pueblo de Dios. Su mensaje iba por la misma senda: desde la misericordia hasta la ternura de Dios. En varias oportunidades algunas personas me llegaron a decir que este Papa estaría haciendo cosas extraordinarias. Pero yo les respondía que más bien era otra la perspectiva: hacer de lo ordinario lo extraordinario. Se planteaba si no estaría rompiendo con tradiciones o con costumbres, con necesarios protocolos, a lo que había que responder que, con su estilo personal, estaba haciendo que lo ordinario fuera lo extraordinario.

Al llegar los primeros cien días, con la semana santa celebrada por Francisco y los primeros mensajes, algunos llegaron a hablar del «efecto Bergoglio» o «efecto Francisco». Y se sentía fuertemente su influencia. Por ejemplo, muchos sacerdotes italianos —y de otras partes del mundo— comunicaron que había aumentado el número de confesiones desde que el mismo Francisco había indicado claramente que «Dios no se cansa de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón a Dios». Además, la continua alusión a la misericordia de Dios hacia su pueblo producía consecuencias en el ánimo de muchas personas. Recientemente, a un año de su elección, fue a la Basílica de San Pedro a confesar; pero antes de hacerlo, nada más entrar en ella, se dirigió a uno de los confesionarios, para confesarse. Quien se había declarado pecador y necesitado de la misericordia de Dios, sencillamente daba el ejemplo. Otro gesto quizás desconcertante para algunos pero que producía admiración e imitación en tantos otros.

Pero así como su ministerio iba produciendo efectos en tantas personas, no dejó de haber quienes se sentían preocupados por su forma de ser y de guiar a la Iglesia. No han faltado quienes han llegado a decir que no debió haber sido elegido. Y, grupos conservadores en el orden de lo social, han acusado al Pontífice de ser «marxista» por sus continuas referencias a la atención a los más pobres y sus denuncias frente a tantas injusticias presentes en el mundo. Su preocupación por los sufridos, los excluidos y los pobres se manifestó de manera decidida en su preocupación por los inmigrantes, muchos de los cuales mueren en sus travesías hacia destinos que ellos consideran mejores. Por eso fue a Lampedusa a encontrarse con inmigrantes y hacer sentir que su voz y sus clamores encontraban eco en la voz del Papa. Por eso, tampoco es de extrañar lo que hizo con el «Limosnero» de su Santidad: le dio el encargo de ir a buscar a los pobres y los más desasistidos, particularmente a los que viven en Roma. Eso y otras manifestaciones de su sensibilidad social han hecho, como ya señalamos, que pequeños grupos conservadores de varias partes del mundo lo califiquen como

«marxista» Para colmo, al pedirle a los sacerdotes y obispos que no actuaran como príncipes, se agudizaron esos comentarios y calificaciones.

Pero –volvemos a insistir en esa dimensión que muchos no toman en cuenta– el pueblo de Dios comenzó a leer el mensaje evangélico del nuevo Papa. Por eso, la aceptación se ha aumentado y se ha convertido en cariño y amor al Pontífice. Prácticamente, día a día, sobre todo con sus homilias sencillas y directas de sus misas diarias en Santa Marta, la gente está más que pendiente de lo que dice y hace Francisco. Más aún, en muchas comunidades comienzan a darse los reclamos de la gente hacia sus pastores –párrocos y obispos– preguntándoles por qué no son y actúan como Francisco. La proyección de la figura, obra y ministerio de Francisco comienza a delinearse: de ahí que también se comience a pensar en la inmensa tarea de renovación que está emprendiendo Francisco. Ciertamente que cuenta con el terreno abonado y preparado por los anteriores Papas. Ahora es el momento de dar otros pasos. Así lo está demostrando Francisco: con el consejo de los cardenales que le asesoran en los cambios que hay que hacer en la Iglesia; con haber comenzado a tratar los asuntos pertinentes al I.O.R.; con la continua invitación de ir a la periferia donde están los alejados o los que no son de la Iglesia; con el abrazo al enfermo; su mirada sonriente hacia todos. En Río de Janeiro, durante la JMJ, supo también ganarse el alma juvenil y mostrar el rostro siempre joven de Jesús de Nazaret. Todos estos gestos, que hablan de la proyección de una Iglesia en tiempos de nueva evangelización, deberían ser más y mejor tomados en cuenta por quienes transmiten las noticias. No deja de haber quienes lo están haciendo con seriedad, pero valdría la pena hacer la lectura de Francisco y su ministerio petrino desde la óptica del pueblo de Dios peregrinante en la vida cotidiana y la humanidad que se siente acompañada por este hombre sencillo como el de Asís.

Junto a lo expuesto, podríamos elaborar un conjunto de características personales del nuevo Pontífice. Presentamos tres de ellas, importantes, aunque no las únicas. Características que sólo se pueden entender si se considera que Francisco es un creyente que expresa su fe a través de sus actos y es un hombre de misericordia, de la que es testigo. Esas características que quisiéramos destacar son: su cercanía, su decisión (parresía) y su caridad.

Desde la primera página de esta presentación hemos insistido en su «cercanía». Francisco tiene muy claro qué quiere decir ser creador y sostenedor de la comunión. Para ello, abre su corazón y busca sintonizar con todos. Sin condenar, con gran misericordia pero sin olvidar los principios fundamentales del Evangelio. Podríamos decir que esa cercanía hace sentir la ternura de Dios a todos, de ese Dios al cual sirve. No es el hombre que coloca peajes ni condiciones para el encuentro con la gente. Sonríe incluso al que necesita el consuelo de la misericordia divina. Por esto no tuvo ningún recelo en ir a Lampedusa, sin protocolos ni exigencias: sólo quería encontrarse con «sus» pobres en las personas de los inmigrantes. Muchos de ellos ni siquiera católicos... Es la cercanía que les está

pidiendo a los obispos y sacerdotes, de tal modo que «huelan a oveja». Cercanía que impulsa el encuentro, primer paso para el diálogo. Cercanía que lo lleva a dar recomendaciones casi cotidianas en las homilías de sus celebraciones diarias.

El ser cercano no le impide ser un hombre de «decisión». Tiene la «parresía», el coraje, la valentía del creyente. Se le nota no sólo en los contenidos de sus variadas intervenciones, sino en las mismas decisiones que ha venido teniendo. Por eso, incluso llega a hablar de no sentir miedo, sino de poner su confianza en Dios. Y lo hace con la conciencia de la necesidad que tiene de la misma misericordia divina. También esta actitud y característica está siendo asimilada por el pueblo de Dios y sus diversos miembros. Es la valentía de saber decir lo que hay que decir: la Palabra de Dios. Es la decisión de empujar la barca de la Iglesia hacia el «mar adentro» de la nueva evangelización; es el coraje de ver que es en la «periferia» donde tenemos que estar y no en las comodidades de nuestras posiciones.

Ejemplos hay muchos, pero quisiera recordar uno muy concreto. Cuando grandes potencias había decidido irrumpir en Siria con ánimo netamente belicista, sin importarles los costos de vidas humanas y poniendo en peligro la paz mundial, la palabra continua y decidida del Papa logró frenar lo que se pretendía hacer. No dudamos de los movimientos diplomáticos que pudo haber, y que eran necesarios. Pero fue la petición clara y decidida de Francisco la que tuvo mayor influencia. Además, el pedir la oración y el ayuno para lograr la paz ha sido el gran motor del Pontífice. Y se consiguió que no hubiera ni invasión ni guerra de carácter más general.

La tercera característica es propia de un ministro que se sabe servidor de Jesús de Nazaret, «la caridad». Son muchísimas las manifestaciones de esta caridad. Muchas conocidas y otras desconocidas. Desde el saludo cariñoso en las audiencias generales, hasta la ayuda generosa a los mendicantes e indigentes de las calles de Roma, desde su preocupación por los inmigrantes hasta la entrega de dinero a grupos humanos necesitados para satisfacer parcialmente al menos algunas necesidades.

En sus intervenciones cuando habla sobre la caridad se refiere a aspectos cotidianos de la vida: por eso alude a la alegría, a no tener «cara de funeral»; por eso también habla de las cosas sencillas de la vida para alentar a los pequeños, a los que sufren y a los pobres, como un servidor verdadero de la misericordia divina; de ahí que tenga gestos de afecto hacia muchos que a lo mejor no lo han recibido desde hace tiempo. La caridad pastoral: El amor particular del pastor que no excluye a nadie pero que a todos considera como sus hermanos.

Todo esto tiene una razón de ser: sabe «en quien ha puesto su confianza». «En el nombre del Señor» es la motivación que mueve e impulsa al Papa Francisco. Por eso, hay que insistir en ello, es necesario leer e interpretar el ministerio petrino de Francisco desde la óptica del pueblo de Dios y de la humanidad que va, sí, entendiendo lo que hace y predica el Santo Padre.

3. SU «TEOLOGÍA»

Más de un estudioso de la teología ha indicado que no es fácil hablar de pensamiento teológico en Francisco. Que sus escritos e intervenciones no tienen un riguroso orden o línea teológica. Sin embargo, es muy pronto todavía para elaborar una síntesis teológica amplia del pensamiento del Papa. A algo más de un año de su elección e inicio de su ministerio resulta arriesgado tratar de proponer un «corpus theologicum», como generalmente lo quieren ver –justamente– los teólogos. Pero eso no significa que no haya contenidos, profundidad y propuestas de carácter teológico. Francisco se ha presentado a sí mismo más como pastor que como teólogo. Por otra parte, tenemos la tentación de compararlo con su predecesor, quien ciertamente es un teólogo y maestro en teología. Las comparaciones no suelen ser buenas, sobre todo en este campo.

Considero que, al leer las intervenciones de Papa Francisco, al leer lo que el pueblo de Dios ha ido intuyendo acerca de la figura del Santo Padre y al leer su proyección hacia el futuro de la nueva evangelización, sin decir que no tiene serios contenidos teológicos, podemos ver tendencias y temas que nos permitirán, en un futuro cercano, elaborar una síntesis teológica de los escritos de Francisco. Para ello, habrá que tener en cuenta lo que escribió y enseñó siendo arzobispo de Buenos Aires.

Dentro de esta tendencia mencionada, sí descubrimos un hilo conductor. Esta puede llegar a constituir la línea teológico-doctrinal-pastoral de su magisterio. No es difícil intuirlo, ya que además de hablar de ella, es testimoniada en el ejercicio de su ministerio y aparece en su lema pastoral: «La misericordia». No se puede dejar de hablar de esta realidad como el hilo conductor de los escritos de Francisco. Así como Pablo VI, al inicio de su ministerio petrino, presentó el «diálogo» como su hilo conductor, asimismo Francisco nos insiste por activa y pasiva acerca de la «misericordia»: como punto de referencia para su pensamiento, para su ministerio y para la comprensión de su misma personalidad. No en vano, va a ligar la idea de misericordia a la acción fundamental de Jesús, la salvación: «La salvación que Dios nos ofrece es obra de su misericordia» (EG 112).

Teniendo esto en cuenta podemos sugerir que Francisco además, por su experiencia de pastor y con todo el bagaje de su alma latinoamericana, abre las puertas a una nueva forma de formular su enseñanza y su teología. Así pues, nos encontramos con una especie de «nuevo vocabulario» teológico: asume expresiones de carácter popular para dar explicaciones o advertencias, propone leer los acontecimientos desde el lenguaje de la cotidianidad e, inclusive, nos propone algunos neologismos (como el de «primerear», que aparece en *Evangelii gaudium* 24).

En este número 24 podemos fundamentar lo antes expuesto. Tanto la evangelización, como la reflexión teológica, necesitan asumir las formas de hablar y de entender desde el pueblo de Dios. De allí que nos proponga que hay que

«primerear, involucrarse, acompañar, fructificar y festeja». Lo que pretende el Papa es hacer más comprensibles tanto los documentos como la reflexión: «No ignoro que hoy los documentos no despiertan el mismo interés que en otras épocas, y son rápidamente olvidados... Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están». Sólo así se podrá conseguir la renovación auténtica de la Iglesia, de la que habló Pablo VI en *Ecclesiam suam* y el Concilio Vaticano II con todos sus documentos. Por eso el Papa nos indica: «Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo más que para la autopreservación» (EN 27).

Cuando hablamos de un «nuevo vocabulario» no queremos decir que hay algo novedoso o expresiones particulares que pueden ser superficiales. Más bien nos referimos a las expresiones empleadas para profundizar uno de los retos más urgentes de la época actual: la «conversión pastoral». Si ésta se va dando es porque se va impulsando con la ayuda de los teólogos, sin duda, pero también con el compromiso de todos y cada uno de los miembros del pueblo de Dios. Así entonces, la conversión pastoral hará sentir la fuerza doctrinal-evangelizadora y misionera de la misma Iglesia. El objetivo es claro: «que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad».

Este «nuevo vocabulario» nace de la inculturación. Todavía la Iglesia debe reflexionar mucho sobre la inculturación del evangelio. Papa Francisco nos da una pista que no hay que perder de vista y va en la línea de este «nuevo vocabulario» (que por otra parte no se reduce a palabras, sino también a gestos y símbolos): «Cuando en un pueblo se ha inculturado el Evangelio, en su proceso de transmisión cultural también transmite la fe de maneras siempre nuevas; de aquí la importancia de la evangelización entendida como inculturación. Cada porción del pueblo de Dios, al traducir en su vida el don de Dios según su genio propio, da testimonio de la fe recibida y la enriquece con nuevas expresiones con nuevas expresiones que son elocuentes» (EG 122).

El Santo Padre apela al DOCUMENTO DE APARECIDA (en cuya redacción es bien conocida su decidida participación). Al hablar de la piedad popular, como lo señala Francisco, afirma que «se trata de una verdadera 'espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos'. No está vacía de contenidos sino que los descubre y expresa más por la vía simbólica que por el uso de la razón instrumental, y en el acto de fe se acentúa más el *credere in Deum* que el *credere Deum*» (EG 124). Este «nuevo vocabulario» debe, ciertamente conjugarse con el de los teólogos y entendidos. Y éstos no deben prescindir de lo que el pueblo de Dios les va señalando. Así lo advierte Francisco: «¡No coartemos ni pretendamos controlar esa fuerza misionera!» (*Ibid.*).

En esta misma línea, el texto de EG 125 no sólo es una sencilla explicación, sino también la invitación clara a una reflexión sobre lo antes señalado: «Para entender esta realidad hace falta acercarse a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar. Sólo desde la connaturalidad afectiva que da el amor podemos apreciar la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres. Pienso en la fe firme de esas madres al pie del lecho del hijo enfermo que se aferran a un rosario aunque no sepan hilvanar las proposiciones del Credo, o en tanta carga de esperanza derramada en una vela que se enciende en un humilde hogar para pedir ayuda a María, o en esas miradas de amor al Cristo crucificado. Quien ama al Santo Pueblo fiel de Dios no puede ver estas acciones sólo como una búsqueda natural de la divinidad. Son las manifestaciones de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rm 5,5)».

El Papa habla como Pastor, no tanto como un teólogo académico. Esto es necesario que lo tengamos siempre presente, para entender las tendencias y lograr posteriormente una síntesis teológica. Lo hace con el lenguaje de un Pastor que ha compartido con su pueblo y que, ahora en una tarea nueva, lo hace con un sentido universal de su ministerio. Por eso, no es de extrañar que aflore su lenguaje, su forma de decir las cosas y su vivencia en todas y cada una de sus intervenciones.

Para quienes busquen y quieran hacer un estudio sobre la teología presente en las enseñanzas de Francisco, las fuentes las encontrarán en sus homilías —especialmente las diarias en la Capilla de la Casa «Santa Marta»—, los discursos y catequesis, así como en su Carta Encíclica y en su Exhortación *Evangelii Gaudium*. Además deberá tener muy en cuenta la simbología que emplea Francisco que podríamos calificar como «teología de los gestos» del Papa.

Teniendo en cuenta lo que se ha venido diciendo, podríamos ahora intentar sugerir una especie de síntesis o recuento de los temas más importantes que podemos encontrar en el magisterio de Francisco. Los organizaremos con un criterio más bien funcional, con el deseo de que el lector atento pueda profundizar al respecto y hasta elaborar una mejor presentación en el futuro cercano.

a) Cristo

Francisco presenta a Cristo como centro de la vida cristiana y de la Iglesia. En su homilía del 24 de noviembre del 2013, Fiesta de Cristo Rey, así nos lo deja ver: «Jesús es el centro de la creación; y así la actitud que se pide al creyente, que quiere ser tal, es la de reconocer y acoger en la vida esta centralidad de Jesucristo, en los pensamientos, las palabras y las obras. Y así nuestros pensamientos serán pensamientos cristianos, pensamientos de Cristo». Es también el centro del pueblo de Dios: «Cristo, descendiente del rey David, es precisamente el «hermano» alrededor del cual se constituye el pueblo, que cuida de su pueblo,

de todos nosotros, a precio de su vida. En él somos uno; un único pueblo unido a él, compartimos un solo camino, un solo destino. Sólo en él, en él como centro, encontramos la identidad como pueblo».

A la vez, el Santo Padre reconoce otra dimensión de la centralidad de Cristo: «*Cristo es el centro de la historia de la humanidad, y también el centro de la historia de todo hombre. A él podemos referir las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias que entretienen nuestra vida. Cuando Jesús es el centro, incluso los momentos más oscuros de nuestra existencia se iluminan, y nos da esperanza, como le sucedió al buen ladrón en el Evangelio de hoy*» (*Ibid.*).

Esta centralidad tiene que ver directamente con la «misión de Jesús». Ésta consiste en dar la salvación: para ello, se encarnó, murió en la Cruz y Resucitó. El Papa hace continuamente una apelación al misterio de la encarnación, y lo une al misterio de la redención, con la Cruz y la Resurrección. En este sentido, Jesús es presentado como el «salvador»: En relación con Jesús, el Papa Francisco subraya que «solo Él 'puede salvarnos' y ningún otro; menos aún la consulta de los magos y de los activos del tarot» (5 de abril). Precisa además que «Jesucristo no nos ha salvado con una idea o un programa intelectual. Nos ha salvado con la carne, con la concreción de la carne. Bajó, se hizo hombre y se hizo carne hasta el final', ofreciendo de esta manera la auténtica imagen de la humildad cristiana que desemboca en el reconocimiento de nuestra condición de pecadores»¹.

Por eso, los apóstoles actúan en nombre de Jesús. Cuando a Pedro y a Juan le preguntan por qué han curado al hombre tullido en la puerta del templo, ellos, como nos lo recuerda el Santo Padre, afirman que ha sido «en el nombre de Jesús»². En la homilía del 10 de abril del 2013, Francisco vuelve a tomar la palabra para recalcar que Jesús es el salvador. «El Señor —empezó diciendo Francisco— nos salva con su amor; no nos salva con una carta, con un decreto sino que nos ha salvado con su amor, restituyendo a los hombres dignidad y esperanza»³. El mismo Santo Padre afirma, haciendo referencia del Señor que «Tú en la Pascua has hecho dos cosas: has restablecido al hombre en su dignidad perdida. Y como consecuencia le has dado la esperanza. Esto —ha explicado— es la salvación... Es éste el camino de la salvación»⁴.

Para reforzar esta idea el Papa se apoya en el símbolo de la puerta. «El Pontífice siente especial predilección por la imagen de la 'Puerta' aplicada a Jesús: 'Sólo hay una Puerta para entrar en el Reino de Dios. Y esa puerta es Jesús'. 'La verdadera puerta', 'La única puerta', 'una puerta bella, una puerta de amor' que nunca desilusiona y que siempre tiene abierta la subida al Padre»⁵.

1. Inos Biffi, *Introducción*, en *Papa Francisco, Las homilias de la mañana*, Madrid 2013, 16.

2. *Papa Francisco, las homilias*, 39.

3. *Ibid.*, 53.

4. *Ibid.*, 53-54.

5. Biffi, *Ibid.*, 16.

La salvación que Jesús traía al mundo tenía otra finalidad: mostrar la misericordia de Dios y buscar la reconciliación de los hombres con Él. Reconciliar al mundo en Cristo en nombre del Padre: «ésta es la misión de Jesús. Todas demás curaciones, enseñanzas, las reprensiones, son sólo signos del milagro más profundo que es la re-creación del mundo... La reconciliación es, por lo tanto la re-creación del mundo; y la misión más profunda de Jesús es la redención de todos nosotros, pecadores. Y Jesús —agregó el Papa— no hace esto con palabras, no lo hace con gestos, no lo hace caminando por el camino. ¡No! Lo hace con su carne. Es precisamente Él, Dios, que se hace uno de nosotros, hombre, para curarnos desde dentro... Él tomó sobre sí todo pecado. Y esto es hermoso, esta es la nueva creación, es 'Jesús que desciende de la gloria y se abaja hasta la muerte y muerte de cruz. Esa es su gloria y esta es nuestra salvación'»⁶.

Junto a Jesús, se encuentra María. Francisco afirma que es el regalo de Jesús a su pueblo (cf. EG 285-286). «En la cruz, cuando Jesús sufría en su carne el dramático encuentro entre el pecado del mundo y la misericordia divina, pudo ver a sus pies la consoladora presencia de la Madre y del amigo. En ese crucial instante, antes de dar por consumada la obra que el Padre le había encargado, Jesús le dijo a María: 'Mujer, ahí tienes a tu hijo'. Luego le dijo al amigo amado: 'Ahí tienes a tu Madre' (Jn 19,26-27). Estas palabras al borde de la muerte no expresan primeramente una preocupación piadosa hacia su madre, sino que son más bien una fórmula de revelación que manifiesta el misterio de una especial misión salvífica» (*Ibid.*). Además, el puesto de María en la historia de la salvación le viene por un hecho misterioso pero aceptado por todo el pueblo de Dios: María es Madre de Dios. Así lo recalcó en su homilía del 1 de enero de 2014.

Por otra parte, en la misma línea, «la Madre del Redentor nos precede y continuamente nos confirma en la fe, en la vocación y en la misión. Con su ejemplo de humildad y de disponibilidad a la voluntad de Dios nos ayuda a traducir nuestra fe en un anuncio del Evangelio alegre y sin fronteras. De este modo nuestra misión será fecunda, porque está modelada sobre la maternidad de María» (*Ibid.*).

b) *La Iglesia*

Francisco suele referirse a la Iglesia y habla de ella como pueblo de Dios. Además en todo momento va a reafirmar y subrayar la misión evangelizadora que ha recibido de Jesús. Desde esta perspectiva, la mira y admira como «la Iglesia, 'comunidad del sí', forjada por el Espíritu Santo»⁷. La Iglesia es «ante todo un pueblo que peregrina hacia Dios. Es ciertamente un misterio que hunde sus raíces en la Trinidad, pero tiene su concreción histórica en un pueblo peregrino y evangelizador, lo cual siempre trasciende toda necesaria expresión institucional» (EG 111).

6. Papa Francisco, *Las homilias*, 332-333.

7. *Ibid.*, 125.

La Iglesia es sacramento de salvación, con lo que coopera en la obra redentora de Cristo, y forma parte del designio amoroso del Padre: «La Iglesia es ser Pueblo de Dios, de acuerdo con el gran proyecto de amor del Padre. Esto implica ser el fermento de Dios en medio de la humanidad. Quiere decir anunciar y llevar la salvación de Dios en este mundo nuestro, que a menudo se pierde, necesitado de tener respuestas que alienten, que den esperanza, que den nuevo vigor en el camino. La Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio» (EG 114). Se trata, también, de un Pueblo con muchos rostros: «Este Pueblo de Dios se encarna en los pueblos de la tierra, cada uno de los cuales tiene su cultura propia» (EG 115).

Esta realidad en el dinamismo de la encarnación, heredado de Jesús, hace que la Iglesia no se estanque en un puerto seguro. Como bien lo afirma el Papa, se trata de «una Iglesia en salida» (cf. EG 20-21). Como lo hemos señalado antes, esa Iglesia en salida se distingue por «primerear, involucrarse, acompañar, fructificar y festejar» (EG 24). Para ello, además de una conciencia de renovación, se exige una conversión pastoral permanente. Ello podrá conducir a que sea vista cual «Madre de corazón abierto» (EG 46).

Con esa cualidad, la Iglesia sabe que su lugar está «mar adentro». Expresión evangélica asumida a menudo por Juan Pablo II, sobre todo para indicar la gran tarea de la Iglesia en el nuevo milenio. Así, con la fuerza del Espíritu, irá al encuentro de todos, para ejercer el papel de «pescadora de hombres» que le dejara el Maestro de Nazaret: «Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas» (EG 46). Si es «Madre de corazón abierto», entonces «está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre» (EG 47), para contagiar a todos de la misericordia divina. De acá se deduce toda la dinámica evangelizadora, que en forma de mandato ha recibido también de Jesús. Así podrá «ofrecer a todos la vida de Jesucristo» (EG 49). Entonces, el Papa Francisco coloca un desafío a todos: «prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma en el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos» (EG 49).

Todos los miembros del Pueblo de Dios son importantes. Todos, desde el Bautismo recibido, son discípulos-misioneros y deben actuar como miembros de la Iglesia. «En todos los bautizados, desde el primero hasta el último, actúa la fuerza santificadora del Espíritu que impulsa a evangelizar» (EG 119). Además, «en virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19). Cada uno de los bautizados en la Iglesia, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones» (EG 120).

Entre los bautizados, se encuentran los laicos que requieren una especial atención: «Los laicos son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios. Asu servicio está la minoría de los ministros ordenados. Ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia. Se cuenta con un numeroso laicado, aunque no suficiente, con arraigado sentido de comunidad y una gran fidelidad en el compromiso de la caridad, la catequesis, la celebración de la fe. Pero la toma de conciencia de esta responsabilidad laical que nace del Bautismo y de la Confirmación no se manifiesta de la misma manera en todas partes» (EG 102). El Papa advierte la tentación del clericalismo, que se da incluso en el mismo laicado, y que los mantiene al margen de las decisiones eclesiales (cf. *Ibid.*). Es más fácil, y por eso se desarrollan las actividades intraeclesiales, y el compromiso laical «no se refleja en la penetración de los valores cristianos en el mundo social, político y económico» (*Ibid.*).

Los ministros ordenados deben animar la pastoral de tal modo que se logre la participación de los laicos en la misión de la Iglesia. Esto lleva a ir superando el clericalismo, la idea de que los sacerdotes puedan ser simples gerentes y profesionales de lo religioso o empleados de una especie de ONG. Esto lo ha repetido mucho el santo Padre. Tanto los sacerdotes como los obispos deben dejar la mundanidad intraeclesial: que no sean príncipes, ni busquen su propio provecho. Más bien que «huelan a ovejas», es decir, que sean buenos pastores. El Santo Padre lo dice de una manera muy directa: «Jesús nos dice a nosotros: ‘Velad sobre vosotros mismos y sobre toda la creación’. El obispo y el sacerdote deben velar, velar precisamente sobre su pueblo. También cuidar a su pueblo, hacerlo crecer. Incluso ser centinela para advertirle cuando se acercan los lobos»⁸.

El Papa va a recordar a los mismos sacerdotes que han de velar por su pueblo, la importancia de su ser y su quehacer ministerial. Al recibir la ordenación sacerdotal, se produce una transformación ontológica que los identifica de manera especial a Cristo Sumo y Eterno Sacerdote. Hablando a un grupo de sacerdotes que él mismo iba a ordenar, dijo: «Al configurarlos con Cristo, sumo y eterno Sacerdote, y unirlos al sacerdocio de los Obispos, la Ordenación los convertirá en verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento para anunciar el Evangelio, apacentar al Pueblo de Dios y celebrar el culto divino, principalmente en el sacrificio del Señor» (Homilía en la ordenación sacerdotal, San Pedro 21.4.2013).

Todo presbítero participa sacramentalmente de las mismas funciones u oficios de Jesús: «A vosotros, queridos hermanos e hijos, que vais a ser ordenados

8. *Ibid.* 166. El mismo Pontífice, al hacer la advertencia de vigilar a favor del pueblo es duro: «Obispos y sacerdotes que se dejan vencer por la tentación del dinero y de la vanidad del afán de hacer carrera, de pastores se convierten en lobos ‘que comen la carne de sus mismas ovejas’. No usó medias tintas el Papa Francisco para referirse al comportamiento de quien –dijo citando a san Agustín– toma la carne, para comerla, de la oveja, se aprovecha; hace negocios y está apegado al dinero; se convierte en avaro y también, muchas veces, es simoníaco. O se aprovecha de la lana de la vanidad, para vanagloriarse» (*Ibid.*, 165).

presbíteros, os incumbe, en la parte que os corresponde, la función de enseñar en nombre de Cristo, el Maestro. Transmitid a todos la palabra de Dios que habéis recibido con alegría.... Os corresponde también la función de santificar en nombre de Cristo. Por medio de vuestro ministerio alcanzará su plenitud el sacrificio espiritual de los fieles, que por vuestras manos, junto con ellos, será ofrecido sobre el altar, unido al sacrificio de Cristo, en celebración incruenta. Daos cuenta de lo que hacéis e imitad lo que conmemoráis, de tal manera que, al celebrar el misterio de la muerte y resurrección del Señor, os esforcéis por hacer morir en vosotros el mal y procuréis caminar con él en una vida nueva.... Introduciréis a los hombres en el Pueblo de Dios por el Bautismo. Perdonaréis los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia por el sacramento de la Penitencia. Y hoy os pido en nombre de Cristo y de la Iglesia: Por favor, no os canséis de ser misericordiosos... Conscientes de haber sido escogidos entre los hombres y puestos al servicio de ellos en las cosas de Dios, ejerced con alegría perenne, llenos de verdadera caridad, el ministerio de Cristo Sacerdote, no buscando el propio interés, sino el de Jesucristo. Sois Pastores, no funcionarios. Sois mediadores, no intermediarios» (*Ibid.*).

Por lo que se refiere a los Obispos, el Papa en más de una oportunidad ha subrayado su cualidad de pastor cercano y comprometido con su grey. El rostro del obispo es el de un testigo del Resucitado. «De aquí se deriva el criterio esencial para esbozar el rostro de los obispos que queremos tener. ¿Quién es un testigo del Resucitado? Es quien ha seguido a Jesús desde los inicios y es constituido con los Apóstoles testigo de su Resurrección. También para nosotros este es el criterio unificador: el obispo es quien sabe hacer actual todo lo que le sucedió a Jesús y, sobre todo, sabe, junto con la Iglesia, ser testigo de su Resurrección. El obispo es ante todo un mártir del Resucitado. No un testigo aislado sino junto con la Iglesia. Su vida y su ministerio deben hacer creíble la Resurrección. Uniéndose a Cristo en la cruz de la entrega auténtica de sí, hace brotar para la propia Iglesia la vida que no muere. La valentía de morir, la generosidad de ofrecer la propia vida y de entregarse por el rebaño están inscritos en el «adn» del episcopado. La renuncia y el sacrificio son connaturales a la misión episcopal. Y esto quiero destacarlo: la renuncia y el sacrificio son connaturales a la misión episcopal. El episcopado no es para sí mismo, sino para la Iglesia, para el rebaño, para los demás, sobre todo para aquellos que según el mundo hay que descartar» (Discurso del Santo Padre Francisco a la Reunión de la Congregación para los Obispos, Jueves 27.2.2014).

Para ello, todo Obispo debe tener la conciencia de ser, al igual que Jesucristo, un pastor bueno: «En las palabras que dirigí a los representantes pontificios, tracé así el perfil de los candidatos al episcopado: que sean pastores cercanos a la gente, «padres y hermanos, que sean mansos, pacientes y misericordiosos; que amen la pobreza interior como libertad para el Señor, y también exterior como sencillez y austeridad de vida; que no tengan una psicología de ‘príncipes’; ...que

no sean ambiciosos, que no busquen el episcopado... que sean esposos de una Iglesia, sin estar en constante búsqueda de otra –esto se llama adulterio. Que sean capaces de ‘guardar’ el rebaño que les será confiado, o sea, tener solicitud por todo lo que lo mantiene unido;... capaces de ‘velar’ por el rebaño» (*Discurso*, 21.6.2013, *L'Osservatore Romano*, edición en español, 28.6.2013, 6).

Francisco quiere subrayar y enfatizar este rasgo del pastor en la figura del Obispo. «Repito que la Iglesia necesita pastores auténticos; y quiero profundizar este perfil del pastor. Miremos el testamento del apóstol Pablo (cf. Hch 20, 17-38). Se trata del único discurso pronunciado por el Apóstol en el libro de los Hechos y que se dirige a los cristianos. No habla a sus adversarios fariseos ni a los sabios griegos, sino a los suyos. Nos habla a nosotros. Él confía los pastores de la Iglesia ‘a la Palabra de la gracia que tiene el poder de edificar y de conceder la herencia’. Por lo tanto, no dueños de la Palabra, sino entregados a ella, siervos de la Palabra. Sólo así es posible edificar y obtener la herencia de los santos. A quienes se atormentan con la pregunta acerca de la propia herencia –‘¿cuál es el legado de un obispo? ¿El oro o la plata?’– Pablo responde: la santidad. La Iglesia permanece cuando se dilata la santidad de Dios en sus miembros. Cuando de su corazón íntimo, que es la Trinidad Santísima, esa santidad brota y alcanza a todo el Cuerpo. Es necesario que la unción de lo alto fluya hasta el festón del manto. Un obispo no podría jamás renunciar al anhelo de que el óleo del Espíritu de santidad llegue hasta el último borde de la vestidura de su Iglesia (*Ibid.*).

Para todos, laicos, sacerdotes y obispos, la clave para pertenecer a la Iglesia y ser discípulo misionero, está en el encuentro con Cristo Salvador. «Unidos a Jesús, buscamos lo que Él busca, amamos lo que Él ama. En definitiva, lo que buscamos es la gloria del Padre; vivimos y actuamos ‘para alabanza de la gloria de su gracia’ (Ef 1,6). Si queremos entregarnos a fondo y con constancia, tenemos que ir más allá de cualquier otra motivación. Éste es el móvil definitivo, el más profundo, el más grande, la razón y el sentido final de todo lo demás. Se trata de la gloria del Padre que Jesús buscó durante toda su existencia. Él es el Hijo eternamente feliz con todo su ser «hacia el seno del Padre» (Jn 1,18)» (EG 267).

Todos unidos, fieles y pastores, en la Iglesia, además de cumplir con el mandato evangelizador, tienen la tarea de buscar la unidad con los otros hermanos cristianos. A la vez, existe el compromiso por construir la paz en el mundo en el que realiza la misión de anunciar el evangelio de la salvación. La Paz es su fruto primordial y constituye también una expresión de la misericordia de Dios.

c) Los pobres

De manera continua, y muchas veces unida al de la misericordia, encontramos en las enseñanzas de Francisco la referencia a los pobres. A los sacerdotes y a los obispos les recomienda la cercanía a los pobres, para brindarles la riqueza del evangelio. Por otra parte, con el gesto de dedicar al «Limosnero» para que

atienda de manera directa y en nombre suyo a los indigentes y a los pobres, ya estaba dando una señal muy directa y clara de la importancia que les estaba dando desde los inicios de su ministerio a los pobres. El mismo gesto de haber ido a Lampedusa, sin protocolos ni mayores celebraciones, sólo para conocer a los inmigrantes que allí se encontraban, sufridos la mayoría de ellos, nos está subrayando la importancia que el Papa Francisco le quiere dar a los pobres.

La Iglesia «¿A quién tiene que privilegiar? Cuando uno lee el Evangelio se encuentra con una orientación contundente: no tanto a los amigos y vecinos ricos, sino sobre todo a los pobres y enfermos, a esos que suelen ser despreciados y olvidados, a aquellos que ‘no tienen con qué recompensarte’ (Lc 14,14). No deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro. Hoy y siempre, ‘los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio’, y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es signo del Reino que Jesús vino a traer. Hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres. Nunca los dejemos solos» (EG 48).

En sintonía con lo antes indicado, el Papa hace una serie de advertencias que, por supuesto no son del agrado de todos, en particular de quienes más poseen o de quienes tienen responsabilidades en la conducción de la sociedad. «Así como el mandamiento de ‘no matar’ pone un límite claro para asegurar el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir ‘no a una economía de la exclusión y la inequidad’. Esa economía mata. No puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en situación de calle y que sí lo sea una caída de dos puntos en la bolsa. Eso es exclusión. No se puede tolerar más que se tire comida cuando hay gente que pasa hambre. Eso es inequidad. Hoy todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, donde el poderoso se come al más débil. Como consecuencia de esta situación, grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida» (EG 53).

La causa principal de toda esta situación se encuentra en la idolatría del dinero: «Una de las causas de esta situación se encuentra en la relación que hemos establecido con el dinero, ya que aceptamos pacíficamente su predominio sobre nosotros y nuestras sociedades. La crisis financiera que atravesamos nos hace olvidar que en su origen hay una profunda crisis antropológica: ¡la negación de la primacía del ser humano!» (EG 55). En el discurso del 24 de febrero del año 2014 a los miembros de la Pontificia Comisión para América Latina, el Papa señala una de las consecuencias de lo antes indicado: la cultura del descarte, que va viendo a muchos dentro de la sociedad, como las sobras que no merecen ningún tipo de consideración ni de atención.

Siguiendo a Benedicto XVI, que afirmó que la opción por los pobres nace de la fe en Cristo, Francisco dice: «De nuestra fe en Cristo pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad» (EG 186). Así, será posible escuchar el clamor de los pobres. «Hacer oídos sordos a ese clamor, cuando nosotros somos

los instrumentos de Dios para escuchar al pobre, nos sitúa fuera de la voluntad del Padre y de su proyecto, porque ese pobre 'clamaría al Señor contra ti y tú te cargarías con un pecado' (Dt 15,9)» (EG 187).

Desde este horizonte es cómo podemos entender la propuesta del Papa Francisco: «El lugar privilegiado de los pobres en el Pueblo de Dios» (Cf. EG 197-198). El fundamento de esta propuesta se encuentra en el mismo Dios humanado: «El corazón de Dios tiene un sitio preferencial para los pobres, tanto que Él mismo 'se hizo pobre' (2 Co 8,9). Todo el camino de nuestra redención está signado por los pobres» (E.G. 197). Al contrario de lo que unos cuantos piensan, la opción preferencial por los pobres es de toda la Iglesia. «Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga 'su primera misericordia' Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener 'los mismos sentimientos de Jesucristo' (Flp 2,5) Inspirada en ella, la Iglesia hizo una opción por los pobres entendida como 'una forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia. Esta opción —enseñaba Benedicto XVI 'está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza' Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres» (EG 198).

La Nueva Evangelización tiene que ir por esta senda: «La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos» (EG 198).

La fe en Cristo supone y conlleva la preocupación por los pobres. «Jesús, el evangelizador por excelencia y el Evangelio en persona, se identifica especialmente con los más pequeños (cf. Mt 25, 40). Esto nos recuerda que todos los cristianos estamos llamados a cuidar a los más frágiles de la tierra. Pero en el vigente modelo 'exitista' y 'privatista' no parece tener sentido invertir para que los débiles o menos dotados puedan abrirse camino por la vida» (EG 209).

El Papa advierte de una tentación y un peligro presente entre los miembros de la Iglesia: «La peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual. La inmensa mayoría de los pobres tiene una especial apertura a la fe; necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra, la celebración de los Sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria» (EG 200).

Ciertamente que hay otros temas que el Papa va tocando en sus enseñanzas: la mujer, los jóvenes, el ecumenismo, la paz. Lo que hemos presentado es una síntesis no exhaustiva de los más recurrentes. Esperamos que el lector atento pueda seguir profundizando en ellos.

4. EL PAPA DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Ya con su *Evangelii nuntiandi*, Pablo VI abría las puertas a una reflexión acerca de la «Nueva Evangelización». Juan Pablo II, al avizorar la tarea de la Iglesia en América Latina de cara al V Centenario de la evangelización, propuso desarrollar esa Nueva Evangelización, «nueva en método, en ardor y en expresiones». Y a lo largo de muchas de sus enseñanzas la fue delineando. El Cardenal Ratzinger –luego Benedicto XVI– fue también profundizando en ella y ya siendo Pontífice, convocó a una Asamblea General del Sínodo de Obispos para analizar los diversos aspectos para la promoción de la Nueva Evangelización en el mundo actual. Previamente, incluso, había creado el Pontificio Consejo para la promoción de la Nueva Evangelización.

Francisco recibe el «testigo» y nos entrega sus reflexiones sobre la Nueva Evangelización en *Evangelii gaudium*. Es fruto, como Exhortación Postsinodal, de la reflexión de la Asamblea General del Sínodo de Obispos antes mencionada.

El Papa subraya que no se trata de una «nueva» evangelización que rompa con lo que antes ha venido haciendo la Iglesia. Se trata de la misma misión, pero en un contexto histórico que exige cambios, renovaciones, adaptaciones, para que pueda ser proclamado el Evangelio del señor Jesús. «Nueva evangelización significa despertar en el corazón y en la mente de nuestros contemporáneos la vida de la fe. La fe es un don de Dios, pero es importante que nosotros, cristianos, mostremos que vivimos de modo concreto la fe, a través del amor, la concordia, la alegría, el sufrimiento, porque esto suscita interrogantes, como al inicio del camino de la Iglesia: ¿por qué viven así? ¿Qué es lo que les impulsa? Son interrogantes que conducen al corazón de la evangelización, que es el testimonio de la fe y de la caridad. Lo que necesitamos, especialmente en estos tiempos, son testigos creíbles que con la vida y también con las palabras hagan visible el Evangelio, despierten la atracción por Jesucristo, por la belleza de Dios» (Discurso a los miembros del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, 24.10.2013).

La Nueva Evangelización tiene que atender tres ámbitos, en los que, a la vez, debe realizarse (cf. EG 14): (1) el de la pastoral ordinaria que atiende a los que regularmente frecuentan la comunidad eclesial y a quienes están muy comprometidos dentro de ella; (2) el de la atención a las personas bautizadas que se han alejado y no viven las exigencias del Bautismo; (3) el de aquellos que no conocen a Jesucristo.

Para ello, la Iglesia debe tener muy presente el paradigma propio de la evangelización: «salir para hacer discípulos». El Papa toma las palabras del Documento de Aparecida y repite con los Obispos latinoamericanos «que no podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos» y que hace falta pasar «de una pastoral de conservación a una pastoral decididamente misionera» (DA 548.570). Todo esto requiere la continua toma de conciencia de que el

Espíritu Santo es el protagonista de la Misión. Él es quien «infunde la fuerza para anunciar la novedad del Evangelio con audacia (parresía), en voz alta y en todo tiempo y lugar, incluso a contracorriente» (EG 259). Por eso Francisco invita a que la Nueva Evangelización sea realizada con espíritu (cf. EG 261).

Bien importante es lo que el Santo Padre presenta en *Evangelii gaudium*: Las motivaciones para la Nueva Evangelización (para un renovado impulso misionero, EG 262ss).

—La realizan «evangelizadores que oran y trabajan» (EG 262). Se trata de conjugar tanto la oración como el compromiso social y misionero. Se requiere de la oración, del encuentro orante con la Palabra. Pero se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista que poco tiene que ver con la caridad y la lógica de la Encarnación.

—El evangelizador y, particularmente, el predicador, debe tener un oído en el pueblo (cf. EG 154): «El predicador es un contemplativo de la Palabra y también un contemplativo del pueblo. De esa manera, descubre 'las aspiraciones, las riquezas y los límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida y el mundo, que distinguen tal o cual conjunto humano', prestando atención 'al pueblo concreto con sus signos y símbolos y respondiendo a las cuestiones que plantea'... En el fondo es una sensibilidad espiritual para leer en los acontecimientos el mensaje de Dios». El recordado obispo Juan Angelelli, argentino, solía decir «tener un oído en el pueblo y el otro en Dios». Así se hacía la verdadera mediación del evangelizador entre Dios y su Pueblo.

—La gran motivación para evangelizar «es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más» (EG 264). Es decir, debemos evangelizar desde la propia, personal y eclesial experiencia del encuentro con el amor de Dios que nos salva. De allí nace el inmenso deseo de comunicarlo y darlo a conocer para que otros puedan experimentar también la vivencia del encuentro con Jesús. Es lo que Juan nos enseña en su Primera Carta (1,1): «Lo que hemos visto y oído es lo que anunciamos».

—Tener también la certeza de «que el Evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas, porque todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno» (EG 265). Francisco identifica esto como «entusiasmo evangelizador», lo cual requiere y, también producirá, la perseverancia.

—«El verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera» (EG 267). No es otra cosa sino el actuar en el nombre de Jesús.

—Ese actuar en el nombre de Jesús conlleva la sintonía y la comunión con él y el empeño por cooperar en su obra de salvación (cf. EG 267).

—Se trata de una Nueva Evangelización que ha de realizarse como acción eclesial. En plena comunión con la Iglesia. Es tener «el gusto espiritual de ser

pueblo... La Palabra de Dios también nos invita a reconocer que somos pueblo... Para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente un gozo superior. La evangelización es una pasión por Jesús, pero al mismo tiempo, una pasión por ser pueblo» (EG 268).

—El evangelizador debe ser un testigo de la misericordia de Dios. «A veces sentimos la tentación de ser cristianos, manteniendo una prudente distancia de las llagas del señor. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura» (EG 270).

—El misionero discípulo de Jesús debe dar razón de su esperanza. «Queda claro que Jesucristo no nos quiere príncipes que miran despectivamente, sino hombres y mujeres de pueblo. Ésta no es la opinión de un Papa ni una opción pastoral entre otras posibles; son indicaciones de la Palabra de Dios tan claras, directas y contundentes que no necesitan interpretaciones que les quiten fuerza interpelante» (EG 271).

—«El amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el encuentro pleno con Dios hasta el punto de que quien no ama al hermano 'camina en tinieblas' (1 Jn 2,11), 'permanece en la muerte' (1 Jn 3,14) y 'no ha conocido a Dios' (1 Jn 4,8)» (EG 272).

—«La tarea evangelizadora enriquece la mente y el corazón, nos abre horizontes espirituales, nos hace más sensibles para reconocer la acción del Espíritu, nos saca de nuestros esquemas espirituales limitados. Simultáneamente, un misionero entregado experimenta el gusto de ser un manantial, que desborda y refresca a los demás, deseando la felicidad de todos» (EG 272).

—«Para compartir la vida con la gente y entregarnos generosamente, necesitamos reconocer también que cada persona es digna de nuestra entrega. No por su aspecto físico, por sus capacidades, por su lenguaje, por su mentalidad o por las satisfacciones que nos brinde, sino porque es obra de Dios, criatura suya» (EG 274).

Con estas y otras motivaciones, el Papa Francisco nos está invitando y acompañando en la apasionante tarea de la Nueva Evangelización. Él ha recibido la herencia de sus predecesores y ahora nos impulsa a cumplir la misión aceptando los retos que se le presentan a la Iglesia en el mundo de hoy. Se debe asumir el gran desafío de la Nueva Evangelización con la certeza de ser guiados por el Espíritu, quien alienta en nosotros la creatividad, y centrados en Jesucristo: «Todo esto, sin embargo, en la Iglesia no se deja a la casualidad, a la improvisación. Exige el compromiso común para un proyecto pastoral que remita a lo

esencial y que esté bien centrado en lo esencial, es decir, en Jesucristo. No es útil dispersarse en muchas cosas secundarias o superfluas, sino concentrarse en la realidad fundamental, que es el encuentro con Cristo, con su misericordia, con su amor, y en amar a los hermanos como Él nos amó. Un encuentro con Cristo que es también adoración, palabra poco usada: adorar a Cristo. Un proyecto animado por la creatividad y por la fantasía del Espíritu Santo, que nos impulsa también a recorrer nuevas vías, con valentía, sin fosilizarnos. Podríamos preguntarnos: ¿cómo es la pastoral de nuestras diócesis y parroquias? ¿Hace visible lo esencial, es decir, a Jesucristo? Las diversas experiencias, características, ¿caminan juntas en la armonía que dona el Espíritu Santo? ¿O nuestra pastoral es dispersiva, fragmentaria, por lo cual, al final, cada uno va por su cuenta?» (*Discurso* a los miembros del Pontificio Consejo para la promoción de la Nueva Evangelización).

La Nueva Evangelización permitirá a la Iglesia en cada lugar donde está ejerciendo su tarea misionera dar respuesta a las circunstancias propias que le rodean. Por eso, la importancia de tener un oído con y en el pueblo. Así podrá darle la iluminación desde la Palabra de Dios a las diversas circunstancias, problemáticas y esperanzas que cada cultura y pueblo posea. Es lo que Francisco propone en su invitación a la Nueva Evangelización.

CONCLUSIÓN

Lo que hemos querido presentar es una panorámica de las enseñanzas de Papa Francisco. Su empeño por la Nueva Evangelización –herencia recibida– lo hace ser un hombre con mirada de fe y esperanza en el futuro. Sólo así podrá animar la renovación de la Iglesia. Al dirigirse a los miembros de la Universidad Gregoriana y del Instituto Bíblico de Roma, delineó lo que significa mirar al futuro: «mirando al futuro con creatividad e imaginación, tratando de tener una visión global de la situación y de los desafíos actuales y un modo compartido de afrontarlos, encontrando caminos nuevos sin miedo» (10.4.2014).

Esta última idea nos puede servir tanto de síntesis para lo que hemos tratado de proponer, como de aliento para ser, con sencillez y decisión, agentes de la Nueva Evangelización. Escuchar la enseñanza de Francisco, además de permitir entender que es el Papa de la Nueva Evangelización, nos dará entusiasmo para actuar en esta tarea en el nombre de Jesús.